

DE LA RELACIÓN ENTRE SOCIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA

Theodor W. Adorno

Texto escaneado a partir del volumen:
Theodor W. Adorno, *Actualidad de la filosofía*,
Barcelona, Paidós, 1991, pp. 135-204.

Desde hace más de treinta años se perfila entre las masas de los países altamente industrializados la tendencia a abandonarse en manos de una política de la catástrofe en lugar de perseguir intereses racionales, y ante todo, la conservación de su propia vida. Se les prometen ciertas ventajas, es verdad, pero a la vez se sustituye con ahínco el ideal de su propia felicidad por la violencia y la amenaza, se las carga con sacrificios desmesurados, se pone en peligro inmediato su existencia y se apela a latentes deseos de muerte. Algo de ello es tan abiertamente visible para los sujetos concernidos que, a quien se esfuerce por comprender, se le hace difícil conformarse con lo verdaderamente decisivo, con mostrar las condiciones objetivas de los movimientos de masas, y no sucumbir a la sugestión de que ya no rige ninguna ley objetiva. La antigua explicación de que los interesados en tal situación controlan todos los medios de opinión pública ya no basta por sí sola. Pues las masas apenas se dejarían atrapar por una propaganda burda y falsa hasta frotarse los ojos si algo en ellas mismas no diera acogida a mensajes que hablan de sacrificarse y de vivir peligrosamente. Por eso, teniendo a la vista el fenómeno fascista, se juzgó necesario completar la Teoría de la sociedad con la Psicología*, sobre todo una Psicología social orientada psicoanalíticamente. La intervención combinada del conocimiento de los determinantes sociales y del referente a las estructuras pulsionales predominantes entre las masas prometía una plena comprensión de la actitud de la totalidad. Mientras la complaciente ciencia del bloque del Este exorcizaba como obra del diablo a la Psicología psicoanalítica, la única que investiga en serio las condiciones subjetivas de la irracionalidad objetiva, y, como llegó a decir Lukács, contaba como parte del fascismo a Freud junto con Spengler y Nietzsche, a este lado del telón y no sin una cierta sensación de bienestar se desplazaba el acento sobre lo psíquico y el ser humano, así

como sobre sus así llamados existenciales, sustrayéndose de ese modo a toda teoría no arbitraria de la sociedad. Al final, se puso escépticamente la teoría social al nivel de las motivaciones infundadas y meramente subjetivas, como ciertamente sucediera ya con el tardío texto de Freud sobre el malestar en la cultura. Cuando se reflexiona a este respecto sobre las relaciones entre Teoría social y Psicología, lo que se hace es exclusivamente asignarles a ambas disciplinas su lugar en el sistema de las ciencias, y tratar las dificultades que ocasiona su relación como cuestiones del correspondiente modelo conceptual que se vaya a aplicar. Cuestiones como la de si los fenómenos sociológicos se tienen que hacer derivar de condiciones objetivas o de la vida psíquica de los individuos socializados, o de ambas, o la de si los dos tipos de explicación se complementan, se excluyen, o bien su relación misma necesita ser sopesada teóricamente con la suficiente amplitud, todo eso se reduce a metodología. En su estudio *Psychoanalysis and the Social Structure*,¹ Talcott Parsons, representante muy característico de tales propósitos, recalca con razón, y aunado en eso con la antigua tradición alemana y con Durkheim a un tiempo, la independencia y separación del sistema social, que hay que comprender en su propio plano y no como mero resultante de las acciones de los individuos.² Pero esa distinción engarza también en su caso con una diferencia en cuanto a aquello en lo que el sociólogo está «interesado»: formas de conducta y actitudes que sean relevantes para el sistema social. Sólo a partir de ahí exige que los problemas sociológicos que se refieran a motivaciones tengan que formularse en términos de *frame of reference of the social system*, y no de «personalidad».

Únicamente, los modelos conceptuales sociológicos deberían coincidir con la comprensión psicológica firmemente establecida.³ Despreocupándose de si la diferencia se halla en el objeto mismo, la elección de una perspectiva psicológica o sociológica se reserva al capricho de las disciplinas implicadas en el trabajo. Al contrario que el primitivismo de la ciencia unificada, Parsons no se cierra a la posibilidad de que «los problemas típicos del psicólogo y los del sociólogo sean diferentes». No obstante, y precisamente por eso, «ambos aplican los mismos conceptos en diferentes niveles de abstracción y en combinaciones diferentes».⁴ Esto sólo es posible en tanto la divergencia entre Sociología y Psicología se pudiera superar con independencia de la factura de su objeto. Si al ir avanzando en su grado de organización ambas ciencias aclaran la estructura lógica de sus conceptos, entonces, según esta concepción, se podrían asociar sin ruptura alguna. De tener finalmente una teoría dinámica de las motivaciones humanas completamente adecuada, siguiendo a Parsons sería probable que la diferencia entre «niveles de abstracción» se esfumara. Cómo se relacionen el elemento objetivo-social y el psíquico individual, dependería meramente de cuál sea el molde

* Donde aparece con mayúscula «Psicología», «Sociología» o «Teoría social», p. ej., no hay que entender ninguna valoración, sino la distinción entre el presunto objeto y el presunto saber correspondiente, con el fin de remediar en lo posible su confusión. En los casos dudosos se ha preferido la minúscula. Aun así, algunos siguen siendo ambiguos. [Nota del T.]

¹ Véase Talcott Parsons, «Psychoanalysis and the Social Structure», en: *The Psychoanalytic Quarterly*, vol. XIX, 1950, n.º 3, pág. 371 y sigs.

² Véase *loc. cit.*, pág. 372.

³ Véase *loc. cit.*, pág. 375.

⁴ Véase *loc. cit.*, pág. 376.

conceptual en que los vierta la empresa académica, con la puntualización habitual de que aún es muy pronto para la síntesis y de que habría que reunir más hechos y pulir con más finura los conceptos. Mientras Parsons, apoyándose en Max Weber, defiende con finura la inadecuación de muchas de las explicaciones psicológicas de lo social más frecuentes, no recela tras ellas ningún conflicto real entre lo particular y lo general, ninguna desigualdad entre el proceso de la vida que existe en sí mismo y el individual, que existe meramente para sí, sino que su antagonismo se convierte en un problema de organización científica que se resolvería armónicamente con el constante progreso. No obstante, el ideal de unificación conceptual traído de las ciencias naturales no vale así sin más ante una sociedad cuya unidad estriba en no ser unitaria. En la medida en que discurren una junto a otra sin vincularse entre sí, la ciencia de la sociedad y la de la psique sucumben por igual a la sugestión de proyectar en su materia la división del trabajo del conocimiento. La separación entre sociedad y psique es falsa conciencia; eterniza en forma de categorías la escisión entre el sujeto viviente y la objetividad que impera sobre los sujetos y que, no obstante, son ellos quienes producen. Pero no se le puede quitar el terreno a esa falsa conciencia por decreto metodológico. Los seres humanos no son capaces de reconocerse a sí mismos en la sociedad, ni ésta en ellos, porque están enajenados entre sí y respecto al conjunto.⁵ Sus relaciones sociales cosificadas se les presentan necesariamente como seres en sí mismos. Lo que una ciencia organizada tomando como base la división del trabajo proyecta sobre el mundo sólo es a su vez un reflejo de lo que se cumple en el mundo. La falsa conciencia es al mismo tiempo correcta, vida interior y exterior están desgajadas. Su relación sólo se expresa adecuadamente definiendo la diferencia entre ambas, y no ampliando los conceptos correspondientes. La verdad del conjunto está en la unilateralidad, no en la síntesis pluralista: una Psicología que no quiere oír hablar de sociedad, y que se empeña idiosincrásicamente en el individuo y sus herencias arcaicas, dice más de la fatalidad social que una que, al tomar en consideración «factores» sociales o un *wholistic approach*, viene a insertarse en la *universitas litterarum* que ya no existe.

La unificación de Psicología y Teoría de la sociedad mediante la aplicación de los mismos conceptos a diferentes niveles de abstracción va a dar en resumen y necesariamente en armonización. Según Parsons, se logra, pongamos por caso, la integración de una sociedad, que él supone en general e implícitamente algo positivo, cuando sus necesidades funcionales, consideradas como un elemento social objetivo, concuerdan con los esquemas del «Superyó promedio».⁶

Esta adaptación mutua entre el ser humano y el sistema se eleva al rango de norma sin que se haya cuestionado siquiera una vez la posición de ambos «criterios» en el conjunto del proceso social ni, sobre todo, el origen y las pretensiones de legitimidad de ese «Superyó promedio».

También situaciones represivas, dañinas, pueden cristalizar en semejante Superyó. El tributo que Parsons ha de pagar por la armonía conceptual es

⁵ La Sociología empírica ha derivado de ahí mecanismos de «personalización», la tendencia a arreglar la presentación de unos procesos sociales con causas objetivas de modo que aparezcan como manejos de buenas o malas personas con las que los medios de opinión pública asocian tales procesos.

⁶ Véase Talcott Parsons, *loc. cit.*, pág. 373.

que su concepto de integración, copia positivista de la identidad entre sujeto y objeto, dé cabida también a una situación irracional de la sociedad sólo con que tenga el poder suficiente para modelar de antemano a quienes pertenezcan a ella. La coincidencia del Superyó promedio con las necesidades funcionales de un sistema social, para ser precisos, con las necesidades de su propia perpetuación, está triunfalmente lograda en el «Mundo Feliz» de Huxley. Desde luego no es eso lo que tiene en mente Parsons con su teoría. Una actitud empirista le preserva de suponer realizada una tal identidad. Subraya la divergencia entre los seres humanos como entidades psicológicas —«estructura de personalidad»— y la disposición objetiva del mundo actual —estructura institucional—. ⁷ En concordancia con la tradición sociológica, Parsons, de orientación psicoanalítica, da cuenta de motivaciones no psicológicas, de mecanismos que tienen como efecto que los hombres actúen conforme a expectativas institucionales objetivas incluso en contradicción con lo que la Psicología llama su estructura de personalidad. ⁸ Se le confiere la primacía a la asignación general de metas de los individuos, mediada por la racionalidad instrumental social, frente a sus respectivas tendencias subjetivas. La mediación decisiva, desde luego, la racionalidad de autoconservación, se recalca aquí tan poco como en Max Weber. ⁹ Es evidente que Parsons concibe las normas sociales mismas como esquemas de adaptación sedimentados, esto es, si se quiere, al final otra vez esencialmente psicológicas. No obstante, al contrario que la economía subjetiva dominante, él en cualquier caso sí alcanza a ver que las motivaciones económicas no se resuelven en otras psicológicas, como el «afán de lucro». ¹⁰ Con seguridad, el comportamiento económico racional de los individuos no se produce meramente por cálculo económico, por afán de lucro. Antes bien, tal afirmación se construye después para intentar arreglar de alguna manera, con una fórmula que poco nuevo añade al estado de cosas, la racionalidad del comportamiento económico promedio, en modo alguno obvia para el individuo. Más esencial resulta, como motivo subjetivo de la racionalidad objetiva, la angustia. Una angustia mediada. Hoy en día, quien no se comporta según las reglas económicas raramente se arruina al momento. Pero en el horizonte apunta el desclasamiento. Se vuelve visible el camino que lleva a lo asocial, a lo criminal: rehusarse a participar en el juego hace sospechoso, y expone a la venganza social incluso a quien no necesita pasar hambre ni dormir bajo los puentes. Pero la angustia a ser expulsado, la sanción social del comportamiento económico, se ha interiorizado hace mucho junto con otros tabúes, y ha cuajado en el individuo. Se ha convertido

⁷ Véase *loc. cit.*

⁸ Véase *loc. cit.* pág. 374.

⁹ Véase Max Weber, «Über einige Kategorien der verstehende Soziologie» («Sobre algunas categorías de la Sociología comprensiva»), en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübinga 1922, pág. 412.

¹⁰ Véase Talcott Parsons, *loc. cit.*, p. 374.

* «Existenz»; el doble sentido podría aprovecharse más en castellano, donde el otro sentido de «existencias» es el de «género», no humano sino comercial. [Nota del T.]

** «Gewissen», que incluye el sentido de «conciencia» en frases como «¡Ese hombre no tiene conciencia!», en retroceso también en el castellano desde la difusión de los lenguajes de las llamadas «ciencias sociales», que retienen sólo su aspecto factual, no el moral. Para distinguirlo de «Bewusstsein», se añade a continuación la abreviatura «Gew.». [Nota del T.]

históricamente en su segunda naturaleza; no es gratuito que existencia «Existenz»*, en el uso lingüístico no corrompido filosóficamente, signifique por igual la existencia natural como la posibilidad de autoconservación en el proceso económico. El Superyó, la instancia de la conciencia moral «Gewissen»**, no sólo le pone al individuo ante los ojos la prohibición como lo malo en sí mismo, sino que además amalgama de forma irracional la antigua angustia ante la aniquilación física con la angustia, mucho más tardía, de dejar de formar parte de la asociación social que rodea a los seres humanos en lugar de la naturaleza. Esa angustia social, alimentada por fuentes atávicas y exagerada luego de diversas formas, que ciertamente puede pasar a ser angustia real en cualquier momento, ha acumulado tal violencia que habría que ser un héroe moral para desembarazarse de ella, aun cuando se alcanzara a ver hasta el mismo fondo todo lo que tiene de delirante. Se puede conjeturar que si los hombres se encierran tan desesperadamente en esos bienes de la civilización, hace mucho tiempo cuestionables además de absurdos, que al parecer les debería garantizar un comportamiento económico razonable, es porque alguna vez les resultó indeciblemente difícil conseguir por sí mismos el estado de civilización, y los medios de comunicación también hacen lo suyo para mantenerlos así enfilados. La energía pulsional del *homo oeconomicus* que ahí se le requiere al *homo psychologicus* es amor forzado, inculcado a palos, hacia lo que alguna vez se odió. Semejante «psicología» señala los límites de las relaciones de intercambio racional con la violencia, pero al mismo tiempo restringe el poder de la correspondiente psicología del sujeto. El convencimiento acerca de la racionalidad visible de la economía es un autoengaño de la sociedad burguesa en no menos medida que el de creer que lo psicológico es un fundamento suficiente para la acción. Esa racionalidad se basa en la coerción física, el tormento corporal, en un elemento material que sobrepasa a las «motivaciones materiales» en igual medida que hace saltar por los aires la economía pulsional psicológica. En la sociedad del intercambio más desarrollada, esa angustia ante la desproporción entre el poder de las instituciones y la impotencia del individuo se ha generalizado de tal modo que se precisarían fuerzas sobrehumanas para mantenerse frente a ella, mientras al mismo tiempo el trabajo reduce insoslayablemente las fuerzas de resistencia de cada individuo. Pero pese a la indiscutible primacía de lo económico sobre lo psicológico en la conducta del individuo, sigue siendo incierto y hoy más que nunca si su racionalidad es racional o no, y si puede ser o no desenmascarada por la Psicología en cualquier momento como una racionalización desmesurada. En la medida en que la *ratio* parcial económica, la racionalidad del conjunto, es cuestionable, se despliegan fuerzas irracionales para su perpetuación. La irracionalidad del sistema racional hace su aparición en la psicología del sujeto atrapado. La doctrina del comportamiento racional conduce a contradicciones. Así como es inmanentemente irracional lo que la racionalidad del sistema exige de sus miembros, en la medida en que la totalidad de las acciones con finalidad económica requiere de todos, además de la reproducción del conjunto, que ellos mismos se derrumben, así también el tşloj absoluto de racionalidad, la consumación, la racionalidad misma, se torna a la inversa algo trascendente. Racionalidad es siempre una medida de sacrificio en vano, y así, sería igualmente irracional un estado sin sacrificio alguno que no precisara ya de ninguna *ratio*. Parsons alcanza ahí una alternativa que sólo se podría desmontar mediante la crítica de la situación opuesta: la elección entre dos figuras de la falsa conciencia, que inacabablemente tienen razón

una frente a otra, entre una Psicología racionalista y una Teoría social psicologista. Sin embargo, al llegar a ese punto se interrumpe la reflexión. En lugar de definir en lo esencial la motivación, aparece la elección de *frame of reference*, del sistema científico de referencia, abandonada al libre arbitrio del investigador de manera similar a lo que sucede con el tipo ideal en Max Weber.¹¹ El postulado de que las teorías sociológicas de la motivación siempre deben concordar con el conocimiento ya alcanzado en ese momento sobre la estructura de la personalidad sustituye, por mor de la unidad de la explicación científica, un objeto uniforme por uno escindido; en la misma medida en que los individuos son productos del todo social, entran necesariamente en contradicción con ese todo en cuanto tales productos. Donde Parsons se conforma con que se logren cadencias científicas que se compensen, la incompatibilidad de las categorías que quiere aunar apunta a la incompatibilidad entre el sistema y los seres humanos que lo componen. La Sociología se acepta resignadamente como lo que ahora es: *The sociologist's problems are different*.¹² Pero entonces ya casi no es posible ver por qué los psicólogos tendrían que utilizar esos mismos conceptos en niveles de abstracción diferentes y en combinaciones distintas.¹³ No se trata en absoluto de meros niveles de abstracción entre los que aún se abren algunas hendiduras exclusivamente en virtud de lo incompleto de nuestro conocimiento empírico.¹⁴ Las contradicciones objetivas no son fenómenos provisionales del intelecto que se esfumen con el tiempo. Así, tensiones que en la sociedad existente se pueden atenuar durante cortos intervalos y para sectores delimitados, pero no desactivar, se proyectan de refilón sobre ese esquema estático de unos conceptos más generales —sociológicos— y otros más específicos —psicológicos— que, si no forman un continuo, es sólo porque faltan los suficientes datos empíricos para generalizar lo individual. Pero la diferencia entre individuo y sociedad no es sólo cuantitativa: así se la encara únicamente por el camino de un proceso social que troquela de antemano a los sujetos individuales como soportes de su función en el proceso conjunto. Ninguna síntesis científica futura puede conseguir que se meta en el mismo saco lo que está radicalmente escindido consigo mismo.

Mientras las leyes sociales no se pueden «extrapolar» a partir de los hallazgos psicológicos, en el polo opuesto, el individuo no es simplemente individuo y substrato de una psicología, sino que al mismo tiempo es siempre soporte de definiciones sociales que lo troquelan. Su «psicología», en cuanto zona de la irracionalidad, no remite en menor medida que la *ratio* a elementos sociales. Las diferencias específicas del individuo son por igual marcas de la presión social y cifras de la libertad humana. No es admisible que se escamotee la contradicción entre ambos terrenos mediante un esquema de generalización científica, pero tampoco se la puede absolutizar. En otro caso, se tomaría al pie de la letra la autoconciencia del individuo, ella misma un fenómeno efímero de una sociedad individualista. La divergencia entre individuo y sociedad es en lo esencial de origen social, se perpetúa socialmente, y sus manifestaciones han de explicarse ya de antemano

¹¹ Véase Max Weber, «Die Objektivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, («La objetividad del conocimiento científico-social y político-social») *loc. cit.*, pág. 190 y ss.

¹² Talcott Parsons, *loc. cit.*, pág. 376.

¹³ Véase *loc. cit.*

¹⁴ Véase *loc. cit.*

en términos sociales. Incluso el materialismo vulgar, que pone como base de las formas individuales de reacción firmes intereses de lucro, tiene razón frente a los psicólogos que hacen derivar de la infancia formas de comportamiento económico del adulto que siguen leyes objetivas, y en las cuales no interviene para nada o si acaso como mero apéndice la hechura individual de los contratantes. Incluso si fuera posible una acomodación de los conceptos psicológicos a las precisas exigencias de la Teoría social, como exige Parsons, eso ayudaría poco, puesto que los fenómenos específicamente sociales se han emancipado de la Psicología merced a la puesta en funcionamiento de definiciones abstractas como conexión entre las personas, en especial el valor de cambio, y a la hegemonía de un órgano configurado según el modelo de tales definiciones desligadas de los seres humanos, a saber, la *ratio*. De ahí que la economía «subjetiva» sea ideológica: los elementos psicológicos que trae a colación para explicar la circulación del mercado son meros accidentes de ésta, y ese desplazamiento del acento hace aparecer el fenómeno como lo esencial. La justificada sospecha de Parsons de que los expertos psicoanalíticos serían incapaces de aplicar adecuadamente por sí mismos los conceptos analíticos a los problemas sociales alcanza no sólo a la universal inclinación de los expertos a desplegar sus conceptos parciales hasta que abarquen una totalidad que se les escapa, sino además a la imposibilidad de explicar psicológicamente lo que no surge en absoluto de la vida psíquica del ser humano individual. La conmensurabilidad entre las formas individuales de comportamiento, la socialización real, estriba en que los comportamientos no se enfrentan directamente entre sí como sujetos económicos, sino que obran siguiendo un mismo canon, el del valor de cambio. El cual prescribe igualmente la regla de las relaciones entre ciencias. Su especialización no se puede corregir con el ideal de una auténtica polimatía, del erudito que entendería tanto de Sociología como de Psicología. Ese grito de batalla de «integración de las ciencias» expresa lo irremediable, no un movimiento de avance. Antes es de esperar que salvaguarde su núcleo de generalidad y haga volar por los aires su carácter de mónadas la insistencia en lo específico, en lo escindido, que no una síntesis conceptual de lo realmente disgregado que viniera a brindar alguna unidad a la disgregación. El conocimiento no tiene poder para otra totalidad que la antagónica, y sólo en virtud de la contradicción es capaz de alcanzar alguna totalidad. El mismo hecho de que la dotación señalada como específicamente psicológica contenga casi siempre un elemento irracional, y en todo caso antisistemático, no es una casualidad psicológica, sino que se deriva del objeto, de la irracionalidad escindida como complemento de la *ratio* imperante. No es la menor de las razones en que se basa el éxito de la estrategia científica de Freud el que, en su caso, la perspicacia psicológica se hermanara con un carácter sistemático, entretejido de exclusivismo y afán de dominio. Mientras era precisamente esa intención de ensanchar su feudo hasta abarcar la totalidad lo que llevaba a su sazón el elemento de falsedad del psicoanálisis, al mismo tiempo éste le ha de agradecer a ese totalitarismo su fuerza de sugestión. Fue recibido como un ensalmo que prometía resolverlo todo. Los grandes efectos espirituales están siempre urdidos con un elemento de violencia, de dominio de los seres humanos; precisamente lo narcisista y lo aislado del que ordena seduce al colectivo, como el mismo Freud sabía muy bien.¹⁵ La ideología de la personalidad grande y fuerte

¹⁵ «Todavía hoy los individuos de la masa necesitan el espejismo de que el caudillo

tiende a abonar en la cuenta de ésta como título de rango humano lo inhumano, el disponer brutalmente de todo cuanto no se reduzca al denominador común. Forma parte de la impotencia de la verdad ante lo existente el que para ser verdad tenga que desatar también ese elemento de coerción. El psicoanalista Heinz Hartmann, que se pronunció en favor de ese estudio de Parsons, comparte sus simpatías por un lenguaje conceptual común a ambas disciplinas, pero, en una inefable contradicción con el psicologismo de la ortodoxia freudiana predominante, concedía que las ciencias sociales pueden hacer predicciones válidas sin tomar en consideración las estructuras de la personalidad individual.¹⁶ En este punto, Hartmann recurre a la diferencia que se hace en el seno del psicoanálisis entre acciones del yo consciente o preconsciente y acciones del inconsciente. En lugar de retrotraer lo inconsciente a influencias sociales directas con vistas a hacer luego una interpretación social, como es el caso entre los revisionistas, él enlaza con la distinción freudiana entre el yo y el ello. Según la lógica implícita de Hartmann, el yo, instancia escindida de la originaria energía pulsional que tiene como tarea «examinar» la realidad¹⁷ y se ocupa esencialmente del asunto de la adaptación, se aparta de la motivación psicológica y ejerce como principio de realidad las funciones lógicas y de objetivación. El psicoanálisis estricto, que sabe del enfrentamiento entre fuerzas psíquicas, puede frente a las excitaciones pulsionales subjetivas darle toda su vigencia a la objetividad, y en especial a la de las leyes del movimiento económico, mucho más que teorías que sólo por establecer un continuo entre sociedad y psique reniegan del núcleo de la teoría analítica, el conflicto entre el yo y el ello.¹⁸ Hartmann se mantiene en una esfera psicológica *sui generis*. En la práctica, la conducta de un psicótico pero también la de alguien aquejado de una neurosis caracterial, que va por el mundo causándose inevitablemente perjuicios a pesar del funcionamiento en sí mismo «normal» de su inteligencia, son ambas incomparablemente más «psicológicas» que la de un hombre de negocios que puede poseer o no los rasgos característicos del papel en el que se mueve, pero que, una vez aceptado éste, apenas puede comportarse de situación en situación de otro modo que como lo hace, en tanto no quiera ser calificado de neurótico. Ciertamente, ni siquiera la forma de conducta perfectamente narcisista del psicótico carece de un aspecto social. Se puede, claro está, construir determinados tipos de enfermedad

los ama a todos por igual y con razón, pero que el caudillo mismo no necesita amar a nadie, se puede permitir tener una naturaleza de amo, absolutamente narcisista, pero segura de sí misma e independiente» (Sigmund Freud, *Gesammelte Werke* (GW), vol.13, Londres 1940, *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, pág. 138) (Psicología de las masas y análisis del Yo, Obras Completas, ed. Strachey en Ed. Amorrortu (OC), vol. XVIII).

¹⁶ Véase Heinz Hartmann, «The Application of Psychoanalytic Concepts to Social Science», en *The Psychoanalytic Quarterly*, vol. XIX, 1950, n. 3, pág. 385.

¹⁷ «Le haremos un lugar a la prueba de realidad entre las mayores instituciones del yo, junto a las censuras entre sistemas psíquicos que ya conocemos, y esperamos que el análisis de los afectos narcisistas nos ayude a descubrir otras de tales instituciones» (Freud, GW, vol. 10, Londres 1946, *Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*, pág. 424) (Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños, OC, XIV).

¹⁸ Véase Theodor W. Adorno, «Zum Verhältnis von Psychoanalyse und Gesellschaftstheorie», en *Psyche* 6, 1952, pág. 17 y sigs. (La relación entre psicoanálisis y teoría de la sociedad).

mental siguiendo el modelo de una sociedad enferma. Hace ya treinta años que Lukács concebía la esquizofrenia como consecuencia extrema de la enajenación social del sujeto respecto a la objetividad. Pero aunque la oclusión de las esferas psicológicas en los autistas sea de origen social, con todo, una vez establecidas se constituye una estructura psicológica de motivación relativamente uniforme y cerrada. Por contra, el poderoso yo de aquél está motivado por una relación perspicaz con la realidad; su psiquismo aparece la mayoría de las veces sólo como perturbación, y se lo mantiene a raya mediante el drástico predominio de la *ratio* en la que toman cuerpo intereses sociales objetivos. Las metas del yo no son ya idénticas a las metas pulsionales primarias, ya no pueden traducirse a ellas y las contradicen en muchos aspectos. No es asunto de mera terminología el ampliar o no el concepto de lo psicológico de modo que incluya también la «logicización» de energía psíquica. Pues ese concepto sólo obtiene su contenido de la oposición entre la irracionalidad y la racionalidad como algo extrapsicológico. No es casualidad que el psicoanálisis fuera concebido en el ámbito de la vida privada, de los conflictos familiares, de la esfera del consumo hablando en términos económicos: estos son sus dominios, porque el propio juego de las fuerzas propiamente psicológicas está restringido al sector privado, y apenas tiene poder sobre la esfera de la producción material.

La separación entre los actos sociales en que se reproduce la vida de los seres humanos y ellos mismos, les impide llegar a ver el engranaje y los deja en manos de esa frase según la cual la cuestión serían los seres humanos mismos, que anteriormente nunca los había consumido en las mismas proporciones que en la época de la cadena de montaje. Lo que despliega el velo social es el hecho de que las tendencias sociales se imponen pasando sobre la cabeza de los seres humanos, de que éstos no las conocen como suyas. Sobre todo aquellos cuyo trabajo las mantiene a ellas y al conjunto con vida, y cuya vida sin embargo depende de forma invisible del conjunto, no son capaces de reconocer que la sociedad es tanto su misma médula como su contrario. Lo inescrutable de la objetividad enajenada arroja a los sujetos de vuelta a sus limitados sí mismos, y pone ante ellos en una imagen de espejo su escindido ser para sí, el sujeto monadológico y su psicología, como si fuera lo esencial. El culto a la psicología con que se engatusa a la humanidad y que entretanto ha preparado en Norteamérica un insípido alimento popular a base de Freud, es el complemento de la deshumanización, la ilusión de los impotentes de que su destino depende de cómo estén constituidos. De forma bastante irónica, justo la ciencia en la que esperaban encontrarse a sí mismos como sujetos les transforma por su propia configuración una vez más en objetos, por encargo de una concepción de conjunto que ya no tolera madriguera alguna en la que pudiera esconderse alguna subjetividad independiente, no preparada socialmente. Lo psicológico, como un interior relativamente autónomo respecto al exterior, se ha convertido en enfermedad en una sociedad que lo busca sin descanso: a partir de ahí entra en posesión de su herencia la psicoterapia. El sujeto en que predomina lo psicológico como algo sustraído a la racionalidad social pasa desde siempre por una anomalía, por un estrafalario; en épocas totalitarias, su lugar está en el campo de trabajos forzados o de concentración, en donde «se le termina» y se le integra con éxito. Sin embargo ese sobrante psicológico, el ser humano de que se trata, se disculpa en la cumbre de las jerarquías totalitarias, a la que fácilmente acceden locos o tullidos psíquicos

porque su defecto, justo lo más propiamente psicológico, armoniza con toda exactitud con la irracionalidad de los fines y de las decisiones al más alto nivel, para la cual se pone en juego como instrumento toda la racionalidad de sus diversos sistemas a los que ya sólo diferencia una retórica hueca. Y esa esfera última y reservada de lo incomprensible, la que permite o prescribe que los dictadores se revuelquen por los suelos, agarren lloreras compulsivas o descubran conjuras imaginarias, también es una mera máscara de la locura social.¹⁹ No es sólo que el ámbito de lo psicológico se arrugue y se encoja tanto más cuanto más se adentra en la ideología en lugar de hacerlo en la comprensión perspicaz de la objetividad, sino que además lo psicológico restante se pervierte como caricatura y esperpento. El hecho de que la Psicología se torne enfermedad no expresa sólo la falsa conciencia de sí misma de la sociedad, sino al mismo tiempo también lo que objetivamente se ha hecho de los hombres en ella. Pues el sustrato de la Psicología, el individuo, refleja hoy una forma de socialización recalentada. Así como el puro *tòde ti* de la filosofía, el polo concreto del conocimiento, es completamente abstracto en cuanto indeterminado, también lo es lo presuntamente concreto de lo social, el correspondiente individuo en cuanto contratante, que obtiene cuanto en él hay de definible únicamente del acto abstracto del intercambio, desligado de su definición específica, de algo cósmico. Ese fue el núcleo en torno al que cristalizó el carácter individual, y con ése su propio rasero es con el que le mide también la Psicología cosificadora. El individuo aislado, el puro sujeto de la autoconservación, encarna el principio más íntimo de la sociedad con respecto a la que se encuentra en oposición absoluta. Aquello de lo que está compuesto, todo cuanto en él entrechoca, sus «cualidades», siempre son a la vez elementos de la totalidad social. Es una mónada, en el sentido estricto de que representa al todo con sus contradicciones sin que, no obstante, sea en absoluto consciente de la totalidad. Pero en la configuración de sus contradicciones no hay una comunicación constante y progresiva con el todo, aquéllas no proceden inmediatamente de su experiencia. La sociedad ha troquelado en él la individualización como fragmento, y en tanto que relación social, ésta toma parte en su destino. La «psicodinámica» es la reproducción de conflictos sociales en el individuo, pero no de forma tal que meramente copie las tensiones actuales. Sino que además, al existir como algo cuajado y separado por la sociedad, esa dinámica sigue desarrollando aún más desde sí misma la patogénesis de una totalidad social sobre la que también impera la maldición de la fragmentación.

El psicologismo en cualquiera de sus figuras, el individuo como punto de arranque sin más especificaciones, es ideología. Transforma por ensalmo la forma individualista de socialización en definición extrasocial, natural, del individuo. Junto con otras concepciones de la Ilustración, ha cambiado esencialmente de función. En cuanto se explica como algo basado en el psiquismo, «Seele», procesos que se plantean entre sujetos abstractos, en realidad sustraídos a toda espontaneidad individual, lo cosificado se humaniza de una forma muy consoladora. Pero los enajenados de sí mismos todavía son, pese a todo, seres humanos, las tendencias históricas se realizan no sólo contra ellos, sino en ellos y con ellos, y hasta sus cualidades psico-

¹⁹ «La locura es algo excepcional en los individuos, pero la regla en grupos, partidos, pueblos y épocas» (Nietzsche, *Jenseits der Güte und Böse* («Más allá del bien y del mal»), Aforismo 156).

lógicas promedio van a insertarse en su comportamiento social promedio. Ni ellos ni sus motivaciones se agotan en racionalidad objetiva, y en ocasiones actúan en contra de ella. No obstante son sus funcionarios. Incluso las condiciones de recaída en lo psicológico vienen ya diseñadas socialmente como exigencias excesivas del sujeto. Salvo en tal caso, el elemento pulsional manifiesto o reprimido sólo se manifiesta en la objetividad social como uno de sus componentes, el de las necesidades, y hoy se ha convertido por completo en una función del afán de lucro. La *ratio* subjetiva y su *raison d'être* se separan. Incluso aquel para quien la racionalidad calculadora arroja como resultado todas las ventajas que promete es incapaz de disfrutarlas como felicidad, antes bien ha de amoldarse como consumidor a lo prescrito socialmente, a la oferta de quienes controlan la producción. Lo social sirvió en toda época como mediador de las necesidades; hoy, las necesidades son completamente externas a sus portadores, y satisfacerlas viene a consistir en seguir las reglas del juego de los anuncios. En lo sustancial, la racionalidad de autoconservación de cada individuo está condenada a la irracionalidad, porque no se ha alcanzado a formar un sujeto social racional, la humanidad. A la inversa, cada individuo vuelve a cooperar una vez más en tal situación. El mandato freudiano «Donde era ello, debe llegar a ser yo»²⁰ contiene algo de estoicismo vacío, de inevidente. El individuo ajustado a la realidad, «sano», es tan poco firme ante las crisis como económicamente racional el sujeto económico. La irracional coherencia lógica en términos sociales se torna también individualmente irracional. En esa misma medida habría que derivar en la práctica las neurosis, por su forma, de la estructura de una sociedad en la que no se las puede desmontar. Incluso la cura lograda lleva en sí el estigma de la lesión, de la adaptación en vano que se exagera a sí misma patológicamente. El triunfo del yo lo es de la ceguera causada por lo particular. Tal es el fundamento de la falsedad objetiva de toda psicoterapia, que empuja a los terapeutas al vértigo. Al asemejarse a la totalidad enloquecida es cuando el curado se vuelve francamente enfermo, sin que por ello esté más sano aquél a quien no alcanza la cura.

La separación de Sociología y Psicología es incorrecta y correcta al mismo tiempo. Incorrecta en cuanto acepta como si fuera de recibo la renuncia al conocimiento de la totalidad que ordenó esa separación; correcta en la medida en que registra la ruptura cumplida en la realidad como demasiado irreconciliable para una precipitada unificación conceptual. La Sociología, en ese sentido específico que constantemente vuelve a reblandecerse por el lado de lo subjetivo incluso en Max Weber, retiene el momento objetivo del proceso social. Pero cuanto más estrictamente desatiende al sujeto y su espontaneidad, tanto más exclusivamente tiene que ver con una auténtica *caput mortuum* cosificada, casi científico-natural. De ahí el intento de imitar ideales y procedimientos de las ciencias de la naturaleza con los que nunca llega a ser conseguido el objeto social mismo. Mientras alaba su estricta objetividad, se las tienen que arreglar con lo que les viene ya mediado por la misma organización científica —sectores y factores— como si eso fuera inmediatamente el tema. Lo que resulta es una Sociología sin sociedad, contrafigura de una situación en la que los hombres se olvidan de sí mismos. La comprobación de hallazgos particulares, que sólo empezarían a

²⁰ Freud, GW, vol.15, Londres 1944, Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse, 31 Vorlesung, pág. 86 (Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, OC, XXII).

querer decir algo leídos desde una ley sobre la naturaleza del conjunto, se cuela por delante de ésta. Por contra, la Psicología percibe el interés del sujeto, pero igualmente de forma aislada, «en abstracto». Desatiende el proceso social de producción y establece por su parte un producto absoluto, el individuo en su figura burguesa. Ambas disciplinas toman así posesión de sus respectivas incompetencias sin tener, no obstante, poderes para corregirlas. Su inevitable dualismo no puede mantenerse puro. La Sociología intenta arrastrar hacia sí el «factor subjetivo», y cree hacerse por ello más profunda frente a la mera recogida de datos factuales. Así va a caer en aporías por todas partes. Y como su concepto de objetividad lo obtiene del resultado coagulado y no del proceso que lo hace madurar, que no se puede cosificar como totalidad, se deja llevar seducida sin pararse en más detalles a poner como base de sus hallazgos estadísticos a los individuos particulares y sus contenidos de conciencia, considerados como datos unívocos de una vez por todas. Entonces se cierne sobre ella por todas partes la amenaza del psicologismo: tiene que traer a colación la conciencia de sí mismos de los seres humanos, su «opinión» por engañosa que sea, para explicar sus acciones, y precisamente allí donde están determinadas objetivamente y sería la opinión misma la que necesitaría una explicación, o bien tiene que hacer toda clase de diligencias para dar con esas fuerzas pulsionales inconscientes que reaccionan a la totalidad social pero no la fundan. El nacionalsocialismo pudo quizás aprovechar la pulsión de muerte de sus partidarios, pero no obstante surgió con toda certeza de una voluntad de vivir bien materialmente en los grupos más poderosos. A la inversa, la Psicología se ve enfrentada al hecho de que los mecanismos que descubre no explican la conducta socialmente relevante. Ya pueden sus suposiciones ser tan atinadas como se quiera en la dinámica individual, que puestas ante la política y la economía toman a menudo el carácter de absurdo y locura. De ahí que la psicología profunda con inquietudes autocríticas se sienta impulsada a ampliaciones sociopsicológicas. Estas sólo refuerzan aún más la falsedad, aguando por una parte la comprensión psicológica, sobre todo en lo referente a la distinción entre consciente e inconsciente, y falseando por otra las fuerzas pulsionales sociales como psicológicas, y desde luego, las de una superficial psicología del yo. En la práctica, la racionalidad no se deja ver en absoluto en el comportamiento de los seres humanos individuales, sino que es ampliamente heterónoma y forzada y por ello se ha de mezclar ya con la inconsciencia simplemente para llegar a ser en alguna medida funcional. Apenas si hay alguien que calcule su vida como totalidad, o incluso que simplemente suela calcular las consecuencias de sus actos, por más que en los países más adelantados algunos calculen incuestionablemente más de lo que puede soñar la sabiduría académica de la Psicología. En la sociedad totalmente socializada, la mayoría de las situaciones en que se toman decisiones están ya prediseñadas, y la racionalidad del yo se ve relegada a elegir tan sólo los pasos más pequeños del proceso. Por regla general no se trata más que de alternativas mínimas, de sopesar el mal menor, y es «realista» quien recae en tales elecciones con acierto. Por contra, las irrationalidades individuales pesan poco. También las posibilidades de elección son tan reducidas para el inconsciente, si es que no son escasas ya en origen, que los grupos con intereses que marcan la pauta las desvían por muy pocos canales con métodos comprobados hace mucho por la técnica psicológica en los estados totalitarios y no totalitarios. El inconsciente, cuidadosamente impermeabilizado a cualquier irradiación del campo visual del yo me-

diante tales manipulaciones, en su pobreza e indiferenciación se encuentra feliz y oportunamente con la homogeneización de un mundo administrado. De ahí que los publicistas totalitarios no sean en modo alguno esos genios por los que los toman sus adjuntos. Trabajan aliados no sólo con los más poderosos batallones de la realidad, no sólo con los numerosos intereses a corto plazo de los individuos, sino además con las tendencias psicológicas que mejor se corresponden con un principio de realidad sin contemplaciones. Lo que a una mirada abstracta sobre el individuo le parece lo más fácil, ceder al instinto, es en concreto, socialmente, lo más difícil, porque está penado por la sociedad y hoy en día presupone la fuerza que precisamente se le escapa a quien actúa irracionalmente. Ello y Superyó cierran la alianza a la que ya apuntaba la teoría, y precisamente allí donde las masas actúan instintivamente están preformadas por la censura y tienen la bendición del poder. Así pues, a esa tesis de que en las épocas totalitarias las masas actúan en contra de sus propios intereses apenas se le alcanza toda la verdad, y en cualquier caso vale sólo *ex post jacto*. En todo momento las acciones individuales a que se ven alentados los seguidores, acciones cuya transición a estados de locura sólo supone un valor límite, garantizan ya de entrada una satisfacción anticipada. La decepción sólo resulta cuando se pasa la cuenta. *In actu*, las acciones totalitarias parecen tan razonables a sus autores como irracionales a sus rivales. Sólo sucumben a la dialéctica en virtud de la razón misma.

Esa dialéctica, sin embargo, afecta no sólo al comportamiento del sujeto para con el mundo exterior, sino también al sujeto en cuanto tal. El mecanismo de adaptación a unas relaciones encallecidas lo es al mismo tiempo de un encallecimiento del sujeto en sí mismo: cuanto más ajustado a la realidad se vuelve, tanto más se convierte en cosa, tanto menos vivo sigue, tanto más insensato se torna todo su «realismo» que destruye todo aquello por lo que en realidad entró en juego la razón de autoconservación, y que siendo consecuente amenaza incluso la vida pura y nuda. El sujeto se descompone en una maquinaria de producción social que se prolonga en su interior y un residuo irresoluble que degenera en curiosidad, en esfera reservada e impotente frente al acaparador componente «racional».

Al final, no es la pulsión refrenada, reprimida, sino precisamente la originaria, la que quiere su propia consumación, la que llega a aparecer como «enferma», y el amor el que aparece como neurosis. La praxis del psicoanálisis, que según su propia ideología todavía pretende curar las neurosis, conchabado ya con la práctica dominante y su tradición, desacostumbra a los seres humanos al amor y a la felicidad en beneficio de la capacidad de trabajo y la *healthy sex life*. La felicidad se convierte en infantilismo, y el método catártico, en algo malvado, hostil, inhumano. Así, la dinámica social afecta incluso a la más reciente figura de la ciencia psicológica. A pesar de la disparidad entre psicología y sociedad, cuya tendencia es a alejarse constantemente una de otra, la sociedad se extiende por todo lo psicológico como lo represor, como censura y Superyó. En la estela de la integración, se amalgama la conducta socialmente racional con los residuos psicológicos. Es sólo que los revisionistas que ven esto describen con demasiada simpleza la comunicación entre las instancias ello y yo, mutuamente enajenadas. Afirman una interdependencia directa entre vida pulsional y experiencia social. Pero ésta sólo se cumple, hablando en términos de las tópicas, en esa capa externa obligada según Freud al examen de la realidad. En el interior de la

dinámica pulsional, no obstante, la realidad es «traducida» al lenguaje del ello. Tan cierto es esto en la visión freudiana de lo inconsciente como algo arcaico, cuando no «intemporal», que las relaciones y motivaciones sociales concretas no llegan a entrar en ese ámbito sin modificación alguna, sino únicamente una vez «reducidas». La no simultaneidad del inconsciente y lo consciente es en sí misma un estigma del desarrollo social pleno de contradicciones. En el inconsciente se sedimenta, fuere lo que fuere, aquello cuya marcha no puede acompañar a la del sujeto, aquello que ha de pagar los platos rotos del progreso y la ilustración. Los atrasos se convierten así en «intemporales».

Entre los cuales ha ido a dar también la exigencia de felicidad, que en la práctica muestra un aspecto «arcaico» tan pronto como apunta exclusivamente como meta a la contrahecha figura de una satisfacción somática localizada, escindida de la consumación total, que se metamorfosea en «some fun» con mayor radicalidad cuanto más aplicadamente se esfuerza en alcanzar una vida consciente de adulto. La psicología se encapsula ante la sociedad como la sociedad ante la psicología, y se vuelve pueril. Bajo la presión social, el plano psicológico ya sólo aspira a lo siempre idéntico, y fracasa ante la experiencia de lo específico. Lo traumático es lo abstracto. En esto, el inconsciente se asemeja a esa sociedad de la que no quiere saber nada y que a su vez obedece a la ley abstracta, y así se vuelve útil para ella como aglutinante. Lo que hay que reprochar a Freud no es que descuidara lo concreto social, sino que con demasiada ligereza se diera por contento con el origen social de ese carácter abstracto, con ese carácter de paralizado del inconsciente que sí reconoció con la incorruptibilidad de un investigador de la naturaleza. Freud habría hipostasiado así en determinación antropológica la depauperación, como resultado de una interminable tradición de lo negativo. Lo histórico se torna así invariante, y lo psíquico, en cambio, dato histórico. En la transición de lo imaginario psíquico a la realidad histórica se le olvidó la modificación de todo lo real en el inconsciente por él descubierta, y por eso sacó erróneamente conclusiones sobre datos históricos como la muerte del padre por la horda primordial. El cortocircuito entre inconsciente y realidad le confiere al psicoanálisis sus rasgos apócrifos. Con ellos, por ejemplo con la manera crudamente literal de entender la leyenda de Moisés, la ciencia oficial lo tiene muy fácil para defenderse. Lo que Kardiner ha llamado los «mitos» freudianos, el cambio repentino de lo intramental en facticidad histórica incierta, sucede sobre todo donde Freud practica también una Psicología del yo, aunque sólo sea Psicología del yo de lo inconsciente, y trata al ello como si poseyera la agudeza de raciocinio de un director de banca vienes, a la que, por lo demás, se asemeja realmente en algunas ocasiones. En su empeño demasiado discutible por encontrar un asidero en hechos indiscutibles, se manifiesta en Freud un elemento social reafirmado sin el menor miramiento, la creencia en los criterios usuales de la misma ciencia a la que desafiaba. Por mor de esos criterios, el niño freudiano es un pequeño hombrecito, y su mundo, el del varón. Así la Psicología autárquica llega a hacerle guiños a la sociedad, por más que se lo tenga prohibido, guiños casi tan poco correspondidos como los de otros más versados en artes sociológicas.

La psique desligada de la dialéctica social, tomada en abstracto en sí misma y puesta bajo la lupa, se adecua admirablemente como «objeto de investigación» en una sociedad que «introduce» a los sujetos como mero

punto de referencia de la fuerza de trabajo en abstracto. A Freud se le ha reprochado a gusto un pensamiento mecanicista. Su determinismo evoca la ciencia natural, al igual que categorías implícitas como la conservación de la energía, la convertibilidad mutua entre toda forma de energía, o la subsunción de acontecimientos consecutivos bajo una ley general. En lo esencial, su actitud «naturalista» resulta en una exclusión por principio de lo nuevo, en la reducción de la vida psíquica a la repetición de lo ya sido alguna vez. Todo esto tiene un sentido eminentemente referido a la época de la Ilustración. Sólo con Freud se rebasa por primera vez la crítica kantiana a la ontología anímica y a la «Psicología racional» lo psíquico que él reelabora sí se somete al esquema de formación empírica de conceptos, como fragmento del correspondiente mundo ya constituido. Freud ha dado fin a la transfiguración ideológica de lo psíquico, considerada como un animismo rudimentario. Lo que más enérgicamente ha sacudido a la ideología del alma es la doctrina de la sexualidad infantil. La teoría analítica denuncia la falta de libertad y la degradación de los seres humanos en una sociedad sin libertad de forma semejante a como lo hace la crítica materialista con una situación gobernada a ciegas por la economía. Pero bajo su mirada médica conjurada con la muerte, la falta de libertad se coagula en invariante antropológica, y con ello el aparato conceptual cuasicientífico según el modelo de las ciencias de la naturaleza descuida su objeto, que no es sólo objeto: el potencial de la espontaneidad. Cuanto más estrictamente se piensa el ámbito de lo psicológico como un campo de fuerzas autárquico cerrado en sí mismo, tanto más completamente se desobjetiviza la subjetividad. El psiquismo arrojado de vuelta a sí mismo, casi sin objeto, se vuelve inmóvil como un objeto. No puede romper a través de su inmanencia, sino que se agota en sus ecuaciones de energía. Lo anímico estudiado estrictamente según sus propias leyes se torna inanimado: el psiquismo sería sólo un tanteo a ciegas en pos de lo que él mismo no es. Este estado de cosas no se da sólo en la teoría del conocimiento, sino que se prolonga en los resultados de la terapia, en esos seres humanos desesperadamente ajustados a la realidad que se han remodelado literalmente como aparatos para poder abrirse paso con más éxito en su restringida esfera de intereses, en su «subjetivismo».

En cuanto la conceptualización psicológica procede alguna vez con tanta coherencia lógica como en el caso de Freud, se toma su venganza en ella la divergencia tan descuidada entre psicología y sociedad. Se puede mostrar esto por ejemplo en el concepto de racionalización, que introdujo originalmente Jones²¹ y pasó luego al conjunto de la teoría analítica. Ese concepto engloba todas las aseveraciones que cumplen alguna función en la economía psíquica del que habla, independientemente de su valor de verdad, en la mayoría de los casos, funciones de defensa frente a tendencias inconscientes. Psicoanalíticamente hablando, por lo general, tales aseveraciones están expuestas a crítica según una analogía señalada a menudo por la doctrina marxista de la ideología: tienen una función objetivamente encubridora, y es cosa del analista probar tanto su falsedad como su necesidad y sacar a la luz lo oculto. Pero la crítica de una racionalización en términos de inmanencia psicológica en modo alguno se encuentra en una armonía preestablecida con su contenido objetivo. La misma aseveración puede ser a la vez verdad y mentira, según que se la mida con la realidad o

²¹ Véase Ernst Jones, «Rationalization in Every-Day Life», en *Journal of Abnormal Psychology*, 1908.

por su posición en la psicodinámica; es más, tal carácter doble es esencial en las racionalizaciones, porque el inconsciente sigue la línea de menor resistencia, así que se arrima a lo que la realidad le presente, además de lo cual, opera sin ser cuestionado tanto más cuanto más indiscutibles sean los elementos reales en que se apoye. En la racionalización, que es al mismo tiempo *ratio* y manifestación de lo irracional, el sujeto psicológico deja de ser meramente psicológico. Por eso el analista orgulloso de su realismo se vuelve un dogmático encabezado en cuanto desplaza los elementos reales de la racionalización en beneficio del sistema cerrado de la inmanencia psíquica. Pero, a la inversa, igual de cuestionable sería una sociología que aceptara las racionalizaciones *à la lettre*. La racionalización privada, el autoengaño del espíritu subjetivo, no es lo mismo que la ideología, no es la falsedad del espíritu objetivo. No obstante, los mecanismos de defensa del individuo vuelven una y otra vez a buscar refuerzos en los de la sociedad, ya establecidos y acreditados muchas más veces. En las racionalizaciones, esto es, en el hecho de que la verdad objetiva pueda entrar al servicio de la mentira subjetiva, como se puede constatar de múltiples formas en la Psicología social de los mecanismos de defensa típicos, no aflora a la luz sólo la neurosis, sino también una sociedad falsa. Incluso la verdad objetiva es necesariamente mentira en tanto no sea la verdad completa del sujeto, y lo mismo por su función que por su indiferencia hacia la génesis subjetiva es apta para encubrir un interés meramente particular. Las racionalizaciones son las cicatrices de la razón en estado de irracionalidad. Ferenczi, quizás el menos errado y el más libre entre los psicoanalistas, no ha hecho otra cosa que tratar las racionalizaciones del Superyó, esas normas colectivas de conducta individual que la moral sin reflejos psicológicos aún llama conciencia moral. Apenas hay otro lugar en que se muestre de forma tan contundente la transformación histórica del psicoanálisis, su transición de ser un medio radical de esclarecimiento e ilustración a serlo de la adaptación práctica a las relaciones existentes. Antaño, del Superyó se recalcan los rasgos coercitivos, y se exigía del análisis que los liquidara. La intención ilustrada no toleraba ninguna instancia de control que no fuera consciente, aunque fuera para el control del inconsciente. De todo ello apenas si queda algo en la literatura psicoanalítica actual. Una vez que Freud, a cuenta de las dificultades del «sistema» originario formado por consciente, preconsciente e inconsciente, hubo organizado la topología analítica en las categorías Ello, Yo y Superyó, resultó ya cómodo orientar la imagen analítica de una vida correcta a la armonía entre esas instancias. En particular se ha dado como explicación en el caso de los psicópatas, concepto hoy tabú, la carencia de un Superyó bien desarrollado que, pese a todo, sería necesario en cierta medida dentro de unos límites razonables. Sin embargo, tolerar irracionalidades sólo porque proceden de la sociedad y porque sin ellas no sería pensable una sociedad organizada es hacer mofa de los principios psicoanalíticos. La diferenciación, tan preferida últimamente, entre Superyó neurótico, o sea «coercitivo», y sano, o sea consciente, tiene todas las trazas de una construcción *ad hoc*. Un Superyó «consciente» perdería, junto con su invisibilidad, la autoridad por la que sigue manteniéndolo firmemente esa teoría apologetica. No se puede mezclar la ética kantiana, en cuyo centro se encuentra el concepto de conciencia moral pensado en términos absolutamente no psicológicos y ordenado a lo inteligible, con el psicoanálisis revisado, que pone frenos al esclarecimiento de lo psíquico por pura angustia ante el hecho de que, en otro caso, a esa conciencia le podría ir el pes-

cuerdo en ello. Kant sabía muy bien por qué oponía la idea de libertad a la psicología: para él, el juego de fuerzas del que se ocupa el psicoanálisis forma parte del «fenómeno», del reino de la causalidad. El núcleo de su doctrina de la libertad es la idea, irreconciliable con lo empírico, de que la objetividad moral tras la que se encuentra a su vez la idea de una correcta organización del mundo nunca puede ser medida por la situación de los seres humanos que existan en un momento dado de esta o aquella forma. La tolerancia psicológica que se dedica a embellecer la imagen de la conciencia moral destruye precisamente esa objetividad, al valorarla como un puro medio. Una «personalidad bien integrada» es una meta abyecta porque exhorta al individuo a un equilibrio de fuerzas que no puede existir en la sociedad existente, porque esas fuerzas no tienen iguales derechos. Se le enseña al individuo a olvidar los conflictos objetivos que se repiten necesariamente en cada cual, en lugar de ayudarlo a desembarazarse de ellos. El hombre integral que ya no notara ni rastro de la divergencia privada entre las diversas instancias psicológicas, ni de lo irreconciliable de los deseos del ello y del yo, con eso no habría superado en sí mismo la divergencia social. Confundiría lo casual de las buenas oportunidades de su economía psíquica con la situación objetiva. Su integración sería la falsa reconciliación con un mundo irreconciliado, y es de suponer que brotaría de la «identificación con el agresor», mera máscara escénica de la sumisión. El concepto de integración que hoy se abre paso cada vez más, sobre todo en la terapia, reniega de los principios relativos a la génesis de lo psíquico, e hipostasía presuntas fuerzas originarias del psiquismo tales como conciencia e instinto, entre los que tendría que establecerse un equilibrio, en lugar de entenderlos como elementos de una autoescisión que no se puede reparar en el terreno psíquico. La tajante polémica de Freud contra el concepto de psicósíntesis²², una expresión inventada por puro amor propio por académicos con sentido del negocio, para reclamar como suya la estructura y marcar a fuego los conocimientos como mecanicistas, cuando no como pura descomposición, debería extenderse también al ideal de integración, una copia desvaída de esa antigua chapuza, «la personalidad».

²² «Pero no puedo creer... que con esa psicósíntesis nos caiga en suerte una nueva tarea. Si me permitiera ser franco y descortés, diría que se trata de una frase sin contenido. Me conformaré con señalar que sólo representa extender sin contenido alguno una comparación, o... explotar ilegítimamente una denominación de origen... Lo psíquico es algo tan singularmente excepcional que ninguna comparación aislada puede dar cuenta de su naturaleza... La comparación con el análisis químico tropieza con sus límites en el hecho de que en la vida psíquica nos las tenemos que haber con esfuerzos sometidos a una presión tendente a la unificación y a la síntesis... El enfermo neurótico, por contra, nos pone frente a una vida psíquica desgarrada, hendida por obra de diversas resistencias, y al analizar, al apartar las resistencias, esa vida psíquica va entretejiéndose al crecer, y la gran unidad que llamamos su yo va insertando en sí misma todas las excitaciones pulsionales que hasta entonces estaban apartadas de ella, echadas a un lado. Así se cumple en el paciente tratado analíticamente la psicósíntesis, sin nuestra intervención, automáticamente y sin desviarse de su ruta... No es verdad que algo en el paciente esté descompuesto en sus elementos, algo que espera apaciblemente hasta que nosotros lo compongamos de alguna manera» (Freud, GW, vol. 12, Londres 1947, *Wege der psychoanalytischen Therapie*, pág. 184 y sigs.) (Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica, OC, XVI).

Se puede dudar de que el concepto de hombre completo y pleno, desarrollado en todas sus facetas, resulte útil para continuar la verbena. Al ideal del carácter genital, en boga hace veinte años entre psicoanalistas que, entretanto, han llegado a preferir el de gente equilibrada con un *well developed superego*, ya lo bautizó entonces Walter Benjamín como un Sigfrido rubio. El ser humano «correcto», en el sentido del proyecto de Freud, es decir, no mutilado por represiones, presentaría en la sociedad adquisitiva existente un aspecto tan parecido como para confundirlo con el de un animal de rapiña con un sano apetito, y con ello se vería seriamente tocada esa utopía abstracta de un sujeto realizado independientemente de la sociedad que goza hoy de tal predilección como «imagen del ser humano».

Los reproches de la psicología a ese animal gregario que es su chivo expiatorio los puede cargar la Teoría crítica de la sociedad, y con intereses, a ese ser humano tan señorial cuya falsa libertad, cuya avidez neurótica sigue siendo «oral» en tanto presupone la ausencia de libertad. Toda imagen del ser humano es ideología, salvo en negativo. Si hoy, pongamos por caso, se apela al hombre completo frente a los rasgos de la especialización enredados al hilo de la división del trabajo, se está prometiendo una prima a lo más indiferenciado, tosco y primitivo, y al final, impera la extraversión de los *gogetters*, de aquellos que son lo bastante repulsivos como para demostrar su hombría en una vida repulsiva. Todo lo que humanamente hablando prefigura hoy en verdad un estado más elevado siempre es, al mismo tiempo, según el canon de lo existente, lo más dañado, y no, pongamos por caso, lo más armónico. La tesis de Mandeville de que los vicios privados son virtudes públicas permite que se la traslade a las relaciones entre psicología y sociedad: lo que en términos caracteriales es cuestionable representa en muchos aspectos lo que, objetivamente, es mejor: no el normal, sino el especialista capaz de resistir es quien mantiene la posibilidad «Statthalter» de desembarazarse de las cadenas. Así como, en los principios de la era burguesa, sólo la interiorización de la represión capacitó a los seres humanos para aquel aumento de productividad que hoy y aquí podría obsequiarles con cualquier derroche, también los defectos psicológicos representan en el todo enrevesado algo radicalmente diferente de lo que representan en la economía psíquica de cada individuo. La Psicología, por ejemplo, podría fácilmente diagnosticar como neurótica la forma de conducta del coleccionista de antaño, y ponerla en el mismo saco del síndrome anal; pero sin fijación de la libido en las cosas no sería posible tradición alguna, ni la humanidad misma. Una sociedad que se desembaraza de ese síndrome para tirar las cosas como latas de conservas apenas sabe arreglárselas de otra forma con los seres humanos. Se sabe también hasta qué extremo la investidura libidinal de la técnica es un comportamiento de regresivos, pero, sin sus regresiones, difícilmente se habrían hecho los hallazgos técnicos que alguna vez han de expulsar del mundo el hambre y el dolor sin sentido. Los psicólogos pueden echarles olímpicamente en cara a los políticamente inconformistas que no han dominado su complejo de Edipo, pero, sin su espontaneidad, la sociedad seguiría siendo eternamente ésa que reproduce en sus miembros el complejo de Edipo. Sea lo que fuere lo que se alce por encima de lo existente, se ve amenazado de ruina y con ello, la mayor parte de las veces, entregado en manos de lo existente. Frente al sujeto sin subjetividad, ilimitadamente capaz de adaptarse, lo contrario, el carácter, es ciertamente algo arcaico. Al final, se manifiesta no como libertad, sino como fase recalentada

de la falta de libertad: en norteamericano, «he is quite a character» significa lo mismo que ser una figura cómica, un extravagante, un pobre diablo. Hoy no hay que criticar sólo, como sucedía aún en tiempos de Nietzsche, los ideales psicológicos, sino el ideal psicológico en cualquiera de sus figuras. El hombre ya no es la clave de la humanidad. Sino que los modales y las afecciones que gozan de aprobación hoy en día son meras variantes del juego de la propaganda directiva.

La atención a prestar al Superyó divide arbitrariamente las explicaciones psicoanalíticas. Pero, por otra parte, la proclamación de la ausencia de conciencia moral en la sociedad sanciona el terror. Tanto peso tiene el conflicto entre la comprensión social y la psicológica. Sigue siendo impotente el consuelo que ya se prefiguraba sin duda en Kant: que las realizaciones de la conciencia moral, llevadas a cabo hasta ahora irracionalmente y con indecibles *faux frais* psicológicos, se pueden llevar a cabo también mediante una comprensión consciente de las necesidades vitales de la generalidad, y sin todo lo insano, en cuya denuncia consiste la filosofía de Nietzsche. La idea de superar la antinomia entre lo general y lo particular es mera ideología en tanto la renuncia pulsional socialmente exigida al individuo no legitime su veracidad y necesidad, ni le procure más tarde al sujeto la meta pulsional aplazada. La estruendosa instancia de la conciencia moral acalla semejante irracionalidad. Los deseos de la economía psíquica y los del proceso vital de la sociedad no pueden llevarse a una fórmula común sin más ni más. Lo que la sociedad reclama con razón de cada individuo para mantenerse con vida es siempre al mismo tiempo sinrazón para cada individuo, y al final incluso para la sociedad; lo que a la Psicología se le antoja mera racionalización es algo socialmente mucho más necesario. En una sociedad antagónica, los seres humanos, cada individuo, es desigual a sí mismo, carácter social y psicológico a una,²³ y en virtud de tal escisión, dañado a priori. No es gratuito que el arte realista burgués tenga como tema primordial el que una existencia sin mutilar, sin merma, no pueda aunarse con la sociedad burguesa: desde Don Quijote, pasando por el Tom Jones de Fielding, hasta llegar a Ibsen y a los modernistas. Lo correcto se torna falso, locura o culpa.

Lo que al sujeto se le aparece como su propia esencia, aquello en lo que cree tenerse a sí mismo frente a las necesidades sociales enajenadas, medido con ellas es pura ilusión. Eso confiere a todo lo psicológico un elemento de jactancia y nadería. Cuando la gran filosofía idealista, en Kant y en Hegel, valoraba como casual e irrelevante la esfera ocupada por lo que hoy se llama Psicología, frente a lo trascendental, lo objetivo del espíritu, con ello escrutaba en la sociedad más a fondo que el empirismo, que se antoja escéptico pero se mantiene en la fachada individualista. Casi se puede decir que, cuanto mayor sea la precisión con que se comprenda al ser humano en términos psicológicos, tanto más se aleja uno del conocimiento de su destino social y de la sociedad, y con ello, del ser humano en sí mismo, sin que por ello, de todas formas, la comprensión psicológica sacrifique su propia verdad. Pero la sociedad presente es «totalitaria» también en que, en ella, son los mismos seres humanos los que tratan de asemejarse quizás con

²³ Walter Benjamín, «Zum gegenwärtigen gesellschaftlichen Standort des französischen Schriftstellers» («Sobre la actual posición social del escritor francés»), en *Zeitschrift für Sozialforschung* 3 (1934), pág. 66.

más energía que nunca a los rasgos de la sociedad; en que llevan ciegamente su autoenajenación hasta una imagen engañosa de igualdad entre lo que son en sí y lo que son para sí mismos. Como adaptarse, si atendemos a las posibilidades objetivas, ya no es necesario, la simple adaptación ya no vale para soportar lo existente. La autoconservación ya sólo hace feliz al individuo en la medida en que frustre la formación de su sí mismo, mediante una regresión que él mismo ordena.

El yo es algo que sobreviene como forma de organización de todas las excitaciones psíquicas, como el principio de identidad que llega a constituir la individualidad, también en la psicología. Pero el Yo, «examinador de la realidad», no limita meramente con algo no psicológico, externo, a lo que se adaptaría, sino que se llega a constituir sobre todo a través de elementos objetivos, sustraídos a la inmanencia del sistema psíquico, a través de la adecuación de sus juicios a estados de cosas. Aunque originalmente algo psíquico, debe poner un freno al juego de las fuerzas psíquicas y controlarlo con la realidad: éste es un criterio capital de su «salud». El concepto del yo es dialéctico, psíquico y no psíquico, un fragmento de libido y el representante del mundo. Freud no ha tratado esta dialéctica. De ahí que sus definiciones del yo en términos de inmanencia psicológica se contradigan involuntariamente unas a otras y rompan la clausura del sistema que perseguía. De esas contradicciones, la más explosiva es la de que el yo, ciertamente, incluya cuanto la conciencia lleva a cabo, pero se le presente en lo esencial como inconsciente. La tónica externa y simplificadora le hace justicia sólo de forma sumamente incompleta, al asignarle a la conciencia la capa más exterior del yo, la zona directamente limítrofe con la realidad.²⁴ Pero la contradicción resulta de que el yo debe ser, como conciencia, lo contrario de la represión, así como también, inconsciente de sí mismo, la instancia represora. Se puede muy bien remitir la introducción del Superyó a la intención de ordenar en alguna medida unas relaciones poco claras. En conjunto, en el sistema de Freud falta todo criterio satisfactorio para diferenciar entre funciones del yo «positivas» y «negativas», sobre todo en lo que se refiere a sublimación y a represión. En su lugar, se apela al exterior y se invoca con una confianza ciega el concepto de lo socialmente útil o productivo. Pero, en una sociedad irracional, el yo no puede cumplir adecuadamente la función que le ha sido asignada por esa misma sociedad. Necesariamente recaen sobre el yo tareas psíquicas que no se pueden aunar con la concepción psicoanalítica del yo. Para poder afirmarse en la realidad, el yo ha de reconocerla y desempeñar conscientemente sus funciones. Para que el individuo lleve a cabo las renunciaciones tan insensatas que le son impuestas, sin embargo, el yo tiene que establecer prohibiciones inconscientes y, más aún, mantenerse él mismo en la inconsciencia. Freud no ha silenciado que la renuncia pulsional exigida al individuo no se corresponde con sus compensaciones, que serían las únicas con que podría justificarla la conciencia.²⁵ Pero como la vida pulsional no obedece a la filosofía estoica de su investigador —nadie sabía eso mejor que él— el yo racional no basta evidentemente según los principios de la economía psíquica establecidos por Freud. El yo incluso ha de volverse inconsciente, fragmento de la dinámica pulsional sobre la que

²⁴ Freud, GW, vol. 15, *loc. cit.*, pág. 63 y 81.

²⁵ Freud, GW, vol. 7, Londres 1941, *Die kulturelle Sexualmoral und die moderne Sexualität (sic)*, pág. 143 y sigs. «La moral sexual cultural y el nerviosismo moderno», OC, XXI).

aun así ha de volver a elevarse. Las realizaciones cognoscitivas que el yo ha de llevar a cabo por mor de la autoconservación, las ha de suspender al mismo tiempo por mor de la autoconservación, la autoconciencia ha de desdecirse de continuo. La contradicción conceptual, que tan elegantemente se puede demostrar en Freud, no es culpa, por tanto, de una falta de limpieza en la argumentación lógica, sino de la miseria de la vida. Su propia estructura, sin embargo, predispone para ese doble papel a un yo que, en cuanto soporte de la realidad, siempre es al mismo tiempo No-yo. En la medida en que ha de representar tanto las necesidades libidinosas como las de autoconservación real, imposibles de aunar con ellas, está sometido ineludiblemente a una exigencia excesiva. No dispone en modo alguno de esa firmeza y seguridad de las que hace gala frente al ello. Grandes psicólogos del yo como Marcel Proust han destacado precisamente esa fragilidad, la de la forma de identidad psicológica. Con la culpa, desde luego, ha de cargar menos el tiempo fugitivo que la dinámica consustancial a lo psíquico. Allí donde el yo no alcanza su propia peculiaridad, su diferenciación, ha de efectuar alguna regresión, sobre todo a lo que Freud llamó libido del yo,²⁶ con la que está estrechamente emparentado, o al menos mezclar sus funciones conscientes con otras inconscientes. Lo que en realidad aspiraba a ir más allá del inconsciente vuelve a entrar una vez más a su servicio y, de ese modo, a fortalecer en lo posible sus impulsos. Este es el esquema psicodinámico de las «racionalizaciones».

La Psicología analítica del yo, hasta la fecha, no se ha dedicado con la suficiente energía a seguir ese repliegue del yo al ello porque puede darse como pretexto el del sistema freudiano con sus sólidos conceptos de yo y ello. Al retraerse a lo inconsciente, el yo no se esfuma simplemente, sino que guarda algunas de las cualidades que había adquirido como actor social. Pero las somete al primado de lo inconsciente. Así se pone a punto una apariencia de armonía entre principio de realidad y principio de placer. Con la trasposición del yo al inconsciente vuelve a modificarse la cualidad de la pulsión, que se ve desviada por su parte hacia fines propiamente yoicos que contradicen aquello a lo que va la libido primaria. La configuración de la energía pulsional en que se apoya el yo —según el tipo analítico freudiano— cuando llega a dar el paso hasta el sumo sacrificio, el de la conciencia misma, es el narcisismo. Apuntan a él con una fuerza probatoria incontrovertible todos los hallazgos de la Psicología social²⁷ referentes a las regresiones predominantes en la actualidad, en las que el yo se niega y al mismo tiempo se endurece de una forma irracional y falsa. El narcisismo socializado que caracteriza los movimientos y actitudes de masa del más reciente estilo aún a sin contemplaciones la racionalidad parcial del interés propio con las deformaciones irracionales del tipo destructivo y autodestructivo cuya interpretación ha enlazado Freud con los hallazgos de Mac Dougall y Le Bon. La introducción del concepto de narcisismo se cuenta entre sus descubrimientos de más talla, sin que hasta hoy la teoría se haya mostrado a su altura. En el narcisismo, al menos en apariencia, se salvaguarda la función de autoconservación del yo, pero al mismo tiempo se escinde de la función de conciencia y queda abandonada en manos de la irracionalidad. Todos los

²⁶ Freud, GW, vol. 13, *loc. cit.*, *Kurzer Abriß der Psychoanalyse*, pág. 420 et passim (Breve informe sobre el psicoanálisis, OC, XIX).

²⁷ William Buchanan and Hadley Cantril, *How Nations See Each Other*, Urbana 1953, pág. 57.

mecanismos de defensa tienen un sello de narcisismo: el yo experimenta lo mismo su debilidad frente a la pulsión que su impotencia real como «herida narcisista».

El trabajo defensivo, sin embargo, se torna no consciente, apenas es el mismo yo quien lo efectúa, sino un derivado psicodinámico, una libido por así decir con impurezas, orientada al yo y, así, indiferenciada y sin sublimar. Es cuestionable incluso que el yo ejerza la función represiva, la más importante de las llamadas defensas. Quizás haya que considerar que lo «repressor» mismo sea libido rebotada de sus metas reales y dirigida así hacia el sujeto, libido narcisista que luego, ciertamente, se fusiona con elementos yoicos específicos. Entonces, la «psicología social» no sería en lo esencial psicología del yo, como hoy gustaría tanto que fuera, sino psicología de la libido. Represión y sublimación pasaban para Freud por igualmente precarias. Consideraba el *quantum* de libido del ello a tal punto mayor que el del yo que, en caso de conflicto, aquél volvería siempre a afirmar su supremacía. No es sólo que, como los teólogos enseñan desde siempre, el espíritu sea voluntarioso pero la carne débil, sino que los mismos mecanismos de formación del yo son frágiles. De ahí que se asocie con tal facilidad precisamente a regresiones hechas, mediante su sometimiento, a medida de la pulsión. Esto les da alguna razón a los revisionistas cuando le reprochan a Freud haber subestimado los elementos sociales mediados por el yo y aun así psicológicamente relevantes. Karen Horney, por ejemplo, opina contra Freud que sería ilegítimo retrotraer el sentimiento de impotencia a la primera infancia y al complejo de Edipo; provendría de la impotencia social real tal como se puede haber experimentado ya en la infancia, asunto del que Horney se muestra desinteresada. Ahora bien, ciertamente sería dogmático distinguir ese sentimiento de impotencia omnipresente, y descrito con tal sutileza precisamente por los revisionistas,²⁸ de sus condiciones sociales actuales. Pero las experiencias de impotencia real son todo menos irracionales; e incluso apenas algo psicológico. Sólo ellas permiten esperar alguna resistencia frente al sistema social, mientras los seres humanos no lo hayan hecho suyo. Lo que éstos saben de su impotencia en la sociedad forma parte del yo, desde luego de la gran malla de sus relaciones con la realidad y no sólo de su juicio plenamente consciente. Pero tan pronto como la experiencia se torna también «sentimiento» de impotencia, hace su aparición lo específicamente psicológico: a saber, que precisamente los individuos no son capaces de experimentar su impotencia, de verla con sus propios ojos. Una tal represión de la impotencia apunta no sólo a la desproporción entre el individuo y la fuerza que tiene en el conjunto, sino aún más al narcisismo herido, y a la angustia de ver que esa falsa superpotencia, puestos ante la cual tienen todas las razones para doblegarse, propiamente está compuesta por ellos mismos. Tienen que reelaborar como «sentimiento» la experiencia de su impotencia y hacer que sedimente psicológicamente, para evitar así enfrentarse con ella. La interiorizan, como sucede desde siempre con los mandamientos sociales. La psicología del yo despierta la psicología del ello con ayuda de la demagogia y la cultura de masas, que meramente administran lo que les suministra como materia prima la psicodinámica de aquéllos con los que ellas amasan masas. Al yo apenas le queda sino cambiar la realidad o retraerse de nuevo al ello. Cosa que se malinterpreta por parte de

²⁸ Erich Fromm, «Zum Gefühl der Ohnmacht» (Sentimiento de impotencia), en *Zeitschrift für Sozialforschung* 6 (1937), pág. 95 y sigs.

los revisionistas como simple estado de cosas de la psicología del yo que ocupa el primer plano. En realidad, se movilizan selectivamente aquellos mecanismos de defensa infantiles que, según la situación histórica, mejor se adapten al esquema de los conflictos sociales del yo. Sólo esto, y no el tan citado cumplimiento de deseos, llega a explicar la autoridad de la cultura de masas sobre los hombres. No existe ninguna «personalidad neurótica de nuestra época» —ya el simple nombre es una maniobra de diversión—, sino que la situación objetiva les señala su dirección a las regresiones. Se dan más conflictos en el área del narcisismo que hace sesenta años, mientras que las histerias de conversión retroceden. Tanto más inconfundibles son las manifestaciones de tendencias paranoides. Está por ver si realmente hay más paranoides que antes; faltan cifras comparativas incluso en el pasado más reciente. Pero desde luego una situación que amenaza a todos y que exagera las fantasías paranoides con diversas incitaciones invita específicamente a la paranoia, a la que quizás le sean particularmente favorables las situaciones dialécticas de encrucijada histórica. Frente al historicismo de fachada de los revisionistas, tiene plena vigencia la perspicaz comprensión de Hartmann de que una estructura social dada selecciona específicas tendencias psicológicas,²⁹ y no las «expresa», por ejemplo. En contradicción con la cruda doctrina freudiana de la atemporalidad del inconsciente, con toda certeza intervienen componentes históricos concretos ya en la temprana experiencia infantil. Pero las formas miméticas de reacción de niños pequeños que perciben que el padre no les garantiza la protección por la que temen, éstas no son del yo. Precisamente frente a esas formas incluso la Psicología de Freud resulta demasiado «yoica».

Su gran descubrimiento de la sexualidad infantil sólo llega a desprenderse de lo que tiene de brutal cuando aprende a entender las excitaciones infinitamente sutiles y a la vez, sin embargo, completamente sexuales de los niños. Su mundo perceptivo es tan diferente del de los adultos que en él un aroma fugaz o un gesto pertenecen a un orden de cosas de esa magnitud tan grande que el analista, conforme al patrón del mundo adulto, quisiera concederle únicamente a la observación del coito parental.

En parte alguna se hacen más claras las dificultades ante las que el yo pone a la Psicología que en la teoría de Anna Freud sobre los llamados mecanismos de defensa. Esa autora parte de lo que el análisis entiende como resistencia a la toma de conciencia del ello. «Como la tarea del método analítico es crear un acceso a la conciencia para las ideas (*Vorstellungen*) que representan la pulsión reprimida, y por tanto fomentar tales choques, la acción defensiva del yo contra la representación de la pulsión se torna automáticamente en resistencia contra el trabajo analítico.»³⁰ El concepto de defensa, subrayado ya por Freud en los «Estudios sobre la histeria»,³¹ se aplica luego al conjunto de la psicología del yo y se redacta una lista de nueve mecanismos de defensa, reconocidos a partir de la práctica clínica, todos los cuales al parecer deberían representar medidas inconscientes

²⁹ Heinz Hartmann, *loc. cit.*, pág. 388.

³⁰ Anna Freud, *Das Ich und die Abwehrmechanismus*, Londres 1946, pág. 36 y sigs. (El yo los mecanismos de defensa).

³¹ Sigmund Freud, *GW*, vol. I, Londres 1952, *Zur Psychotherapie der Hysterie*, pág. 269 (La psicoterapia de la histeria, en *OC*, II, Breuer, J. y Freud, S., Estudios sobre la histeria).

adoptadas por el yo contra el ello: «represión, regresión, formación reactiva, aislamiento, anulación retroactiva, proyección, introyección, vuelta hacia la propia persona, transformación en lo contrario».³² A los que «viene a sumarse aún un décimo que corresponde más bien al estudio de la normalidad que al de las neurosis, a saber, la sublimación o desplazamiento de la meta pulsional».³³ La duda despertada por la enumerabilidad de esos mecanismos, tan pulcramente separados, se confirma con una observación más detallada. Ya Sigmund Freud había hecho del concepto originariamente central de represión un mero «caso especial de defensa».³⁴ Pero es incuestionable que represión y regresión, que él sabiamente nunca deslindó con rigor, cooperan en todas las «actividades yoicas» presentadas por Anna Freud, mientras que otras de esas actividades, como la «anulación retroactiva» o la «identificación con el agresor»,³⁵ descrita de forma muy plausible por Anna Freud, apenas se pueden incluir en el mismo plano lógico que el mecanismo de represión y regresión, como casos particulares del mismo. En esa yuxtaposición de mecanismos bastante heterogéneos se manifiesta levemente un cierto desánimo de la rígida teoría frente al material de observación empírica. De una forma aún más fundamental que Freud, su hija renuncia a deslindar represión y sublimación, al subsumirlas ambas en el concepto de defensa. Lo que en Freud todavía podía pasar por «logro cultural», a saber, el logro psíquico que no favorece directamente la satisfacción pulsional o la autoconservación, para ella vale en realidad como patológico, y no es en absoluto la única. Así, la actual teoría psicoanalítica cree agotar el fenómeno de la música con la tesis, basada en observaciones clínicas, de una defensa frente a la paranoia, y sólo con que fuera consecuente, tendría que proscribirla.³⁶ Ahí ya no se está demasiado lejos de ese psicoanálisis biográfico que cree poder expresar lo esencial sobre Beethoven con señalar los rasgos paranoicos de la persona privada, y preguntarse luego con asombro cómo un hombre así puede haber escrito una música cuya fama más bien se les impone como una verdad que su sistema les impide comprender. Ese tipo de relaciones entre la teoría de la defensa y la nivelación del psicoanálisis al plano de un principio de realidad interpretado de modo conformista no escasean ni siquiera en el texto de la misma Anna Freud. Le dedica un capítulo a la relación entre el yo y el ello en la pubertad. Para ella, la pubertad es esencialmente el conflicto entre el «impacto de la libido en lo psíquico»³⁷ y la defensa frente al ello mediante el yo. A ese conflicto se subordina también la «intelectualización en la pubertad».³⁸ «Hay un tipo de adolescentes en los que el salto hacia delante en el desarrollo intelectual no es menos sorprendente y llamativo que el proceso de desarrollo en otros terrenos... los intereses concretos del período de latencia, que tienen su inicio en la edad prepúber, pueden transformarse en abstractos de forma llamativa. En particular esos jóvenes añiados que Bernfeld ha descrito co-

³² Anna Freud, *loc. cit.*, pág. 52.

³³ *loc. cit.*

³⁴ Sigmund Freud, GW, vol. 14, Londres 1948, *Hemmung, Symptom und Angst*, pág. 196, (Inhibición, síntoma y angustia, OC, XX) y Anna Freud, *loc. cit.*, pág. 51.

³⁵ Anna Freud, *loc. cit.*, pág. 125 y sigs.

³⁶ Respecto a las controversias psicoanalíticas sobre la música, véase en especial Heinrich Racker, «Contribution to Psychoanalysis of Music», en *American Imago*, Vol. VIII, n. 2 (junio de 1951), pág. 129 y sigs., en especial pág. 157.

³⁷ Anna Freud, *loc. cit.*, p. 167.

³⁸ *loc. cit.*, pág. 182.

mo el tipo de "pubertad prolongada" tienen una exigencia incansable de pensar y dar vueltas a temas abstractos y hablar sobre ellos. Muchas amistades juveniles se fundan y se mantienen sobre la base de esa necesidad de darles vueltas y discutirlos en común. Los temas de los que esos jóvenes se ocupan y los problemas que tratan de resolver abarcan un ámbito muy extenso. Habitualmente se trata de las formas de amor libre o de matrimonio y fundación de una familia, de la libertad o del trabajo, de viajar o de establecerse en alguna parte, de cuestiones relativas a alguna concepción del mundo como la religión o el librepensamiento, de las diferentes formas de la política, de revolución o sometimiento, de la amistad misma en todas sus formas. Cuando en el análisis tenemos ocasión de recibir información veraz sobre las conversaciones de los jóvenes, o bien, como han hecho muchos investigadores de la pubertad, de seguir los diarios y anotaciones de los jóvenes, no sólo nos sentimos sorprendidos por la amplitud y la ausencia de restricciones del pensamiento juvenil, sino también llenos de respeto por la proporción de empatía y comprensión, por la manera, aparentemente tan meditada que en ocasiones casi se diría sabiduría, que tienen de tratar los problemas más complicados.»³⁹ Pero ese respeto se esfuma rápidamente: «Nuestra posición se modifica si orientamos luego nuestra observación, no ya a seguir los procesos intelectuales mismos, sino al modo en que se insertan en la vida del joven. Entonces encontramos con asombro que todos esos elevados logros intelectuales tienen poco o casi nada que ver con el comportamiento del joven. Su empatía para con la vida anímica de otro no le aparta de la más ruda desconsideración para con sus objetos más próximos. Su elevada concepción del amor y de la obligación contraída por el amante no tiene influencia alguna sobre las constantes infidelidades y crudeza de sentimientos de que se hace responsable en sus tornadizos enamoramientos. La inserción en la vida social no se ve facilitada lo más mínimo por el hecho de que su comprensión e interés en la cuestión de cómo está estructurada la sociedad sobrepasen, a menudo ampliamente, a los de años posteriores. La multiplicidad de sus intereses no le impide al joven concentrar en realidad su propia vida en un sólo punto: ocuparse de su propia personalidad».⁴⁰

Con semejantes juicios el psicoanálisis, que una vez partió dispuesto a quebrantar el poder de la imagen paterna sobre los hombres, se lanza resueltamente del lado de los padres que, o bien dejan caer los labios en una media sonrisa ante las ideas de altos vuelos de sus hijos, o bien confían en que la vida les enseñe modales, y que tienen por más importante ganar dinero que hacerse ideas estúpidas. Y se tilda de narcisismo al espíritu que se distancia de los fines inmediatos, al que se le da la oportunidad de ese par de años en los que dispone de sus propias fuerzas antes de que la presión de tener que ganarse la vida las absorba y abotague. La impotencia y los posibles fallos de quienes aún sigan creyendo que ello sería posible son convertidos en delito de arrogancia; se le achaca así a una insuficiencia subjetiva aquello de lo que tiene mucha más culpa el orden que lo vuelve a impedir una y otra vez, y que rompe en los seres humanos aquello en lo que son diferentes. La teoría psicológica de los mecanismos de defensa se viene a alinear así en la tradición de la antigua enemistad burguesa hacia el espíritu. De cuyo arsenal se saca incluso ese estereotipo que, ante la impo-

³⁹ *loc. cit.*, pág. 183 y sigs.

⁴⁰ *loc. cit.*, pág. 184 y sigs.

tencia del ideal, no denuncia las condiciones que lo ahogan, sino al ideal y a quienes siguen alimentándolo en sí mismos. Ya puede diferir lo que Anna Freud llama el «comportamiento de los jóvenes» del contenido de sus conciencias, y desde luego por causas reales no menos que por motivaciones psicológicas, que, aun así, precisamente esa diferencia contiene un potencial más elevado que la norma de identidad inmediata entre ser y conciencia: la de que uno sólo podría pensar de la misma manera en que logre ir saldando su existencia. Como si en los adultos faltaran las maneras desconsideradas, la infidelidad y la crudeza de sentimientos que Anna Freud les reprocha a «los jóvenes». Es sólo que, más adelante, a la brutalidad se le extravía esa ambivalencia que por lo menos sí le resulta apropiada mientras está peleando con el conocimiento de qué es lo mejor posible, y revolviéndose contra aquello con lo que más tarde se identificará. «Sabemos», dice Anna Freud, «que aquí no se trata en absoluto de intelectualidad en el sentido ordinario.»⁴¹

La intelectualidad «en el sentido ordinario», por muy ordinaria que sea, se le pasa por las narices al joven quimérico sin que la Psicología reflexione en que incluso la más «ordinaria» procede de la intelectualidad menos ordinaria, ni en que prácticamente ningún intelectual era tan ordinario de bachiller o de estudiante como luego, cuando anda trapicheando de oficio con el espíritu en la lucha competitiva. El joven, al que Anna Freud le concede como privilegio que «evidentemente ya siente satisfacción con sólo pensar, darle vueltas a algo y discutirlo»,⁴² tiene todas las razones para darse por satisfecho: en lugar de «encontrar un hilo conductor para sus asuntos»⁴³ como un probo ciudadano, tiene que desacostumbrarse lo bastante y con rapidez a su privilegio. «Las imágenes ideales de amistad y fidelidad eterna no deben ser otra cosa que un reflejo de la preocupación por su propio yo, el cual ya ventea qué poco sostenibles se han vuelto todas sus nuevas y tormentosas relaciones objétales»,⁴⁴ se dice algo más adelante, y hay que agradecerle a Margit Dubowitz, de Budapest, la indicación de que «cuando los jóvenes andan rumiando el sentido de la vida y de la muerte, eso significa un reflejo del trabajo de destrucción en su propio interior».⁴⁵ Está por ver si esa pausa para tomar aliento, que la existencia burguesa concede al menos a los mejor situados que se ofrecen como material de prueba del psicoanálisis, es en la práctica tan vana e incapaz para la acción como lo parece en los pacientes asociados por un diván; pero lo que es seguro es que no habría ni siquiera amistad o fidelidad, ni ideas de ninguna clase sobre nada esencial, sin esa pausa. Es a ahorrársela, desde luego, a lo que se prepara la sociedad actual, en el sentido y con la ayuda del psicoanálisis integrado. El balance de ejercicio de la economía psíquica ha de asentar necesariamente como defensa, ilusión y neurosis todo aquello con lo que el yo ataca a las condiciones que obligan a la defensa, a la ilusión y a la neurosis; el psicologismo consecuente que substituye la génesis del pensamiento por su verdad se convierte en sabotaje a la verdad, y le presta socorro a la negativa situación cuyo reflejo subjetivo condena al mismo tiempo. La burguesía tardía es incapaz de pensar validez y génesis en su unidad y diferencia al mismo

⁴¹ *loc. cit.*, pág. 185.

⁴² *loc. cit.*, pág. 186.

⁴³ *loc. cit.*, pág. 185 y sigs.

⁴⁴ *loc. cit.*, pág. 187.

⁴⁵ *loc. cit.*, pág. 187, nota.

tiempo. El muro del trabajo coagulado, el resultado hecho presente, le resulta impenetrable y se ha convertido en eterno, mientras por otra parte se retira a la verdad la dinámica que, como trabajo que es, constituye uno de sus elementos objetivos, y la traslada a la subjetividad aislada. Pero así, la parte que le corresponde al dinamismo subjetivo se ve degradada al rango de mera apariencia, y al mismo tiempo, aplicada contra la comprensión de la verdad: toda comprensión de ese tipo se hace sospechosa de nadería como mero reflejo del sujeto. La lucha de Husserl contra el psicologismo, que coincide exactamente en el tiempo con el surgimiento del psicoanálisis, la doctrina del absolutismo lógico que separa en todos y cada uno de sus grados la validez de las figuras espirituales de su génesis para fetichizarla luego, constituye el complemento de una manera de proceder que de lo espiritual percibe tan sólo la génesis, no su relación con la objetividad, y que finalmente desmonta la misma idea de verdad en favor de la reproducción de lo existente. Ambos puntos de arranque, enfrentados de forma extrema, y surgidos ambos además en la Austria de un semifeudalismo obsoleto y apologético, fueron a parar a lo mismo. Una vez que algo es como es, se lo absolutiza como contenido de «intenciones», o bien se lo pone a buen recaudo de toda crítica mediante la subordinación de ésta, por su parte, a la Psicología. Las funciones yoicas que el psicoanálisis separa tan penosamente están inseparablemente machihembradas. La verdad es que su diferencia es la que hay entre las pretensiones de la sociedad y las del individuo. De ahí que en la psicología del yo no se dejen separar ovejas de carneros. El originario método catártico exige que lo inconsciente se convierta en consciente. Pero como la teoría freudiana define al yo como algo contradictorio que en la práctica hay que domeñar, a la vez también como instancia represora, con una lógica del todo consecuente el análisis debe desmontarlo, en particular los mecanismos de defensa que se manifiestan en las resistencias, sin que, al mismo tiempo, sea siquiera concebible alguna identidad del principio yoico frente a la multiplicidad de los impulsos que pugnan por abrirse paso a través de él. De ahí se sigue en la práctica terapéutica el absurdo de que los mecanismos de defensa han de ser quebrantados o fortalecidos, según el caso; una perspectiva que Anna Freud aprueba expresamente.⁴⁶

En los psicóticos hay que cuidar las defensas, en los neuróticos, vencerlas. En aquéllos, la función defensiva del yo ha de impedir el caos instintivo y el derrumbe, y uno se da por satisfecho con una «supportive therapy». En la neurosis, uno se atiene firmemente a la técnica catártica tradicional, porque aquí el yo sí podría zanjar el asunto con la pulsión. Esa disparatada praxis dualista se establece a todo lo largo y ancho del psicoanálisis, pasando por encima del estrecho parentesco de principio entre neurosis y psicosis

⁴⁶ «La situación de defensa por angustia ante la energía de la pulsión es la única en la que el psicoanalista no puede mantener sus promesas. Esa sería la lucha del yo frente al desbordamiento por parte del ello, como por ejemplo en el brote psicótico, es sobre todo un asunto cuantitativo. El yo sólo reclama como auxilio en esa lucha más fuerza. En donde el análisis puede darla haciendo conscientes contenidos del ello, actúa también en ese caso como terapia. Pero donde el análisis, al hacer conscientes las actividades yoicas inconscientes, descubre y desactiva los procesos defensivos, actúa como debilitamiento del yo y favorece el proceso de la enfermedad» (Anna Freud, *loc. cit.*, pág. 76 y sigs.). Pero, según la teoría, esa «situación única», de angustia ante la energía de la pulsión, está en la base de toda defensa.

que el psicoanálisis enseña. Si se piensa realmente en un continuo entre la neurosis compulsiva y la esquizofrenia, es injustificable urgir aquí a tomar conciencia y tratar allí de mantener al paciente «funcionalmente capacitado», protegiéndole allí del mayor de los peligros de lo que aquí se propone como curativo. Cuando recientemente se pasa a contar la debilidad yoica entre las estructuras neuróticas esenciales,⁴⁷ parece cuestionable un proceder como éste, que castra más aún al yo. El antagonismo social se reproduce en las metas del análisis, que ya no sabe ni quiere saber adonde pretende llevar al 'paciente, a la felicidad de la libertad o a la felicidad en ausencia de libertad. Se retira del asunto, tratando catárticamente durante largo tiempo a los pacientes pudientes que pueden pagarlo, pero prestando meramente un apoyo terapéutico a los pobres, que tienen que estar rápidamente en disposición de ganar; una distinción que hace del rico un neurótico y del pobre un psicótico. Con lo que encaja la estadística que ha constatado correlaciones entre esquizofrenia y nivel social inferior.⁴⁸ Queda abierta la cuestión de si, por lo demás, es preferible el procedimiento profundo al superficial, y asimismo la de si no saldrán mejor parados los pacientes que al menos siguen siendo capaces de trabajar, y que no tienen que hipotecar su alma al psicoanalista, letra por letra, contra la vaga perspectiva de que algún día se cancele una transferencia que cada año se hace más fuerte. Hasta la misma terapia psicológica se ve aquejada por la contradicción entre Psicología y Sociología: empiece lo que empiece, es falso. Disuelve las resistencias, y entonces el análisis debilita al yo, y la fijación en el analista es más que un estadio transitorio, para ser preciso, un sucedáneo de aquella instancia que se le sustrae al paciente; fortalece al yo, y entonces fortalece conforme a la teoría ortodoxa también las fuerzas mediante las cuales se mantiene lo inconsciente allí debajo, los mecanismos de defensa que autorizan al inconsciente a seguir poniendo a la obra su naturaleza destructiva.

La psicología no es ninguna reserva de lo particular protegida de la generalidad. Cuanto más crecen los antagonismos sociales, más pierde a ojos vistas su sentido el concepto de cabo a rabo liberal e individualista de psicología. El mundo preburgués no conocía aún la psicología, el mundo totalmente socializado, ya no. A éste es al que corresponde el revisionismo psicoanalítico. Resulta adecuado al desplazamiento de fuerzas operado entre sociedad e individuo. El poder social ya apenas necesita esos agentes mediadores, yo o individualidad. Esto se manifiesta precisamente como un crecimiento de la llamada Psicología del yo, mientras en realidad la dinámica psicológica individual se substituye por la adaptación en parte consciente y en parte regresiva del individuo a la sociedad. Se inyectan en la maquinaria unos rudimentos irracionales, y además, precisamente como lubricante de la humanidad. Los tipos más contemporáneos son esos que ni tienen yo ni actúan en pureza inconscientemente, sino que en su conducta refleja sirven de espejo a los rasgos objetivos. Les es común practicar un ritual insensato, siguen el ritmo compulsivo de la repetición, y se empobrecen afectivamente: con la destrucción del yo aumenta el narcisismo o sus derivados colectivos. La diferenciación contrarresta la brutalidad del exterior, de la sociedad niveladora total, y aprovecha el núcleo primitivo del inconsciente.

⁴⁷ Herrmann Nunberg, «Ichstärke und Ichschwäche», (Fortaleza y debilidad del yo) en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. 24, 1939.

⁴⁸ August B. Hollinghead and Frederick C. Redlich, «Social Stratification and Schizophrenia», en *American Sociological Review*, vol. 19, n. 3, pág. 302 y sigs.

Ambas concuerdan en aniquilar la instancia mediadora; los estímulos arcaicos triunfantes, la victoria del ello sobre el yo, armoniza con el triunfo de la sociedad sobre el individuo. El psicoanálisis, en su figura auténtica e históricamente ya rebasada, alcanza su verdad en cuanto informa sobre los poderes de la destrucción que proliferan en lo particular en medio de la generalidad destructora. Queda de falso en él lo que no obstante ha aprendido del movimiento histórico, su pretensión de totalidad, que frente a lo que aseguraba el primer Freud, a saber, que el análisis únicamente quería añadir algo a lo ya conocido, culmina en esa sentencia de que «tampoco la Sociología, que trata del comportamiento de los seres humanos en sociedad, puede ser otra cosa que Psicología aplicada».⁴⁹ Hay, o hubo, un terreno natal del psicoanálisis de una evidencia específica; cuanto más se aleja de él, más se cierne sobre sus tesis la alternativa de la superficialidad o el sistema delirante. Cuando alguien se traba y se le escapa una palabra con resonancias sexuales, cuando tiene una agorafobia o cuando una muchacha es sonámbula, el análisis no sólo tiene sus mejores oportunidades terapéuticas sino también su objeto adecuado, el individuo como mónada, relativamente independiente, como un puesto de observación de los conflictos inconscientes entre la excitación pulsional y la prohibición. Cuanto más se aleja de esa zona, de una manera tanto más dictatorial ha de cambiar el rumbo, tanto más ha de arrastrar lo que forma parte de la realidad al reino de sombras de la inmanencia psíquica. Su ilusión, a ese respecto, no carece en absoluto de semejanzas con la de «omnipotencia del pensamiento» que él mismo critica como ilusión infantil. La culpa no hay que cargarla por ejemplo al hecho de que el yo fuera una segunda fuente independiente de lo psíquico frente al ello, donde el psicoanálisis se habría concentrado con razón en la medida en que tenía todavía su objeto adecuado, sino a que, para bien o para mal, el yo se ha independizado de la pura inmediatez de las estimulaciones pulsionales, con lo que además ha llegado a surgir por primera vez el terreno del psicoanálisis, esa zona de conflicto. El yo, como algo que ha llegado a surgir, es un fragmento de pulsión y a la vez otra cosa. Eso es algo que la lógica psicoanalítica no puede pensar, y tiene que reducir todo al común denominador de lo que el yo fue una vez. Al revocar la diferenciación llamada yo, el análisis se convierte en lo último que quería ser: un fragmento de regresión. Pues lo esencial no es lo abstractamente repetido, sino lo general en tanto que diferenciado. Lo humano se forma como sensibilidad para la diferencia sobre todo en su experiencia más poderosa, la de los sexos. El psicoanálisis, en su nivelación de todo lo que llama inconsciente, y finalmente de todo lo humano, parece estar sometido a un mecanismo propio del tipo homosexual: no ver lo que sea diferente. Así, los homosexuales muestran una especie de daltonismo de la experiencia, la incapacidad para reconocer lo individualizado; para ellos, todas las mujeres son en un doble sentido «iguales».

Ese esquema, la incapacidad de amar —pues amor quiere decir, inextricablemente, lo general en lo particular— es la base de la frialdad analítica, atacada demasiado superficialmente por los revisionistas, que se amalgama con una tendencia a la agresión que debe ocultar la verdadera dirección de la pulsión. No sólo ni por vez primera en su forma decadente que circula por el mercado, ya en su origen el psicoanálisis se amolda a la cosificación im-

⁴⁹ Sigmund Freud, *GW*, vol. 15, *loc. cit.*, pág. 194.

perante. Cuando un célebre pedagogo psicoanalítico plantea como axioma que hay que asegurarles a los niños asociales o esquizoides cuánto se les quiere, esa pretensión de amar a un niño repulsivamente agresivo se mofa de todo aquello por lo que se esforzaba el psicoanálisis; precisamente Freud ya había rechazado una vez el mandamiento de amar a los seres humanos indiscriminadamente.⁵⁰ Semejante amor está a la par con el desprecio por los seres humanos; por eso resulta tan apto como rama profesional de los salvadores de almas. Por sus mismos principios tiende a capturar y controlar las excitaciones espontáneas que pone en libertad: lo indiferenciado, el concepto en el que subsume las desviaciones, es en todos los casos un fragmento de dominación. La técnica que había sido concebida para curar la pulsión de su moldeado burgués la amolda mediante su emancipación misma. Ejercita a los humanos, a los que descorazona, para llegar a reconocer su pulsión como miembros útiles del todo destructivo.

⁵⁰ «Un amor que no selecciona nos parece que sacrifica una parte de su propio valor, al hacerle injusticia al objeto... no todos los hombres son dignos de ser amados» (Freud, GW, vol. 14, *loc. cit.*, *Das Unbehagen in der Kultur*, pág. 461 (El malestar en la cultura, OC, XXI).